

"Intentó gritarle"

Intentó gritarle, una, dos, tres veces, pero la chica de destellos dorados no parecía querer escucharla, solo sonreía y seguía mirando hacia delante. Alaia, al ver que aquello no funcionaba, intentó cogerle del brazo, pero aquella fémina solo aumentó su paso para seguir el ritmo del chico al que acompañaba.

Alaia entonces corrió, y se situó delante del camino de los dos amantes, intentó decirle que no lo siguiera, intentó desesperadamente y con lagrimitas en los ojos decirle que no siguiera a ese alma vacía y oscura, que corriera lejos, ella que podía, y que por favor se salvara. Que se salvara y pidiera ayuda por las demás.

La chica, que guardaba un inquietante parecido con Alaia, pareció no ver nada, y atravesó su cuerpo. Un amargo recuerdo de aquella vez que un cuchillo frío y afilado le atravesó la piel y parte del corazón por primera, y última vez, aturdió a Alaia; Y aquella chica siguió andando al lado de aquel chico.

Alaia entonces se dio la vuelta, se quedó parada, con los pies anclados como anclas en el mar, y observó cómo otra persona igual a ella, e igual a las demás de aquel grupo, seguía a aquel atractivo chico. Con la diferencia de que su cuerpo no yacía helado en el suelo de cualquier lugar. Seguía viva.

Anclada, observando cómo otra chica de pálida tez y con el alma tan pura como una perla, se iba a unir a ellas dentro de poco tiempo. "Tick, Tack, Tick, Tack..." Sonaba en su cabeza. Sólo era cuestión de tiempo volver a ver a esa desconocida chica.

Alaia sintió una presencia a sus espaldas. Las demás féminas, que formaban un grupo cada vez mayor con el paso del día y la noche, observaban la escena con lástima, desde atrás, y sin fuerzas como para intentar algo que sabían que no iban a poder parar, sabiendo que no había nada que hacer.

—¿No hay nada que podamos lograr? Tiene que haber alguna forma de dar una señal, de ... —preguntó Alaia, conociendo quién era aquel fantasma que se encontraba respirando detrás suya.

—No—la cortó Adelaine.—Yo lo intenté con cada una de vosotras, y aún así, ahora estáis todas aquí, conmigo.

Una lágrima cayó por el pómulos de Alaia, como una gota de rocío en la madrugada, lenta y casi impredecible.

Las dos se quedaron mirando aquellas dos ocres sombras, las cuales se perdían en la lejanía. Sabiendo a dónde se dirigían, porque ellas ya habían estado en ese lúgubre lugar. Cuando se perdieron de vista, el grupo de chicas se disolvió, volviendo a lo que estaban haciendo antes de aquella escena, errar por las calles sin nada que hacer.

Adelaine, la autoproclamada primera, y Alaia, la última en haber llegado, se quedaron ahí, estáticas como si medusa hubiera pasado ante sus rostros.

Alaia se llevó una mano al pecho, buscando sentir ese latir inexistente que su corazón ya tenía el privilegio de poseer. Tan inexistente como el alma de aquel chico. Y se preguntó entonces cómo la mataría. Si utilizaría el mismo método que utilizó en su momento, hace menos de que el invierno se fuera y las flores de los almendros pudieran florecer, con ella. Adelaine lloraba, preguntándose cuántas más llegarían, y si aquella chica que ya no se distinguía en la lejanía sería la última. Sollozó aún más ruidosamente cuando se dio cuenta de que no iba a ser de aquel modo. De que llegarían otras muchas más, y probablemente nunca terminaría, o al menos no pronto.

Aguardaron en aquel lugar inhóspito, aguardando a aquella chiquilla con el pelo lleno de tonos de Van Gogh y de sus pinturas. Amarillo. Aguardando el momento exacto de la madrugada en el que sería su entrada. Imaginando cómo le robaría el último aliento. ¿Con una lenta bala? ¿Con un desafilado cuchillo? ¿Con una liberadora cuerda?

Aguardaron ahí, sin hacer caso a las órdenes de la brisa ni del viento. Ni a sus gritos. Oh, los gritos de la pobre chica, ya se empezaron a escuchar, como si del inicio de una ópera se tratara. Se sentaron y esperaron. Esperaron hasta que la vieron.

Eran las tres de la madrugada, había tardado poco, lo cual era raro, porque solía tardar más al intentar limpiar todo bien y no dejar ninguna huella de sus crímenes.

Eran las tres de la madrugada cuando aquella chica, a la cual Alaia había intentado ayudar llegaba, ahora, llena de sangre y llorando. Las tres de la madrugada cuando, más pálida de lo normal y con hematomas del color del cielo cuando anochece, la chica hacía presencia. Aturdida, perdida y sin saber qué había pasado, preguntó:

—¿Qué ha hecho?

—Te ha matado. Como a nosotras. —contestó Adelaine, ya acostumbrada al proceso de aturdimiento que tenían las chicas cuando llegaban. —Como a todas las demás. Como a todas las que vendrán. —terminó de decir.

Alaia miró a la chiquilla con pena, desde el suelo, aún sentada. Le recordó a cuando ella llegó, con un hueco en el corazón después de que aquel chico le quitara la vida apuñalándola en este. La miró con pena, porque vio en ella un reflejo, no solo de sí misma, sino de todas las demás.

Expuso la duda a la luna de a cuántas chicas de pelo del color del oro y de nombre casi igual mataría más ese alma en pena, ese asesino en serie, antes de que alguien le pillase.

—Bienvenida. Eres otra víctima del asesino de las chicas de oro. No te preocupes, te acostumbrarás. No serás la última, el mes que viene, el día 31 vendrá otra. —dijo de nuevo Adelaine. Sabiendo todas las que vendrían, porque al fin y al cabo, nadie iba a pillar a un asesino en serie que era un chico ejemplar y no tenía nada que ver con los crímenes. Así que se pudrirían allí, viendo cómo el grupo de chicas rubias y de nombre casi igual se iría haciendo más grande, hasta que alguna vez el chico dejara de asesinar.